

3

En la muerte; el ser humano debe realizar su profundo acto de fe

3.1. Aceptar su propia nulidad

Frente a la realidad de Dios, ante la cual el hombre se encuentra en la muerte, todas las obras de este ser humano son completamente relativas. Si ni siquiera el santo es más delante de Dios, qué no se dirá de los demás seres humanos que, siendo medianos en las fallas y en las virtudes de nuestra vida, intentamos recorrer los caminos habituales, divididos entre la culpa, la falla y el intento de convertirnos, seducidos por las pasiones, por la indolencia y por el orgullo.

Hasta en nuestros mejores actos podemos descubrir los motivos de interés personal y nuestro altruismo ha sido, muchas veces, intento de satisfacernos a nosotros mismos en nuestro altruismo. Así, nosotros somos siempre mezcla de buenos y de menos buenos motivos que no pueden ser desenmarañados; mezcla que, hasta para nosotros mismos, sólo se hará evidente delante de Dios.

El es la verdad, ante la cual yo mismo me reconozco. Pues el ser humano que se encuentra delante de este Dios es aquel que está confrontado con su propio pasado problemático y calamitoso, al cual san Pablo se refiere en el capítulo 7 de la Carta a los romanos. En su situación de pecador, no se trata solamente de una cuestión individual. Lo que está siendo cuestionado aquí es la contradicción antropológica propiamente dicha de la existencia humana, dado que, hacerse culpable es solamente una manifestación y síntoma de esta contradicción. Pero no es posible al ser humano solucionar solo este conflicto de reivindicación ética y de culpa humana.

La solución, como afirma Josef Blank, se encuentra únicamente en la buena nueva “de que el conflicto está solucionado en Cristo, y de que sin reserva alguna podemos confiar en esta solución”¹². Esta buena nueva es también el núcleo del modelo paulino para justificar al hombre a través de la fe. “Ya no se trata, en primera línea, de los hechos del ser humano, y sí del simple y fundamental hecho de ser acepto ante Dios, en la comunidad”¹³.

Consecuentemente, el ser humano no puede ya alegar sus obras para ser salvo. La base para la nueva existencia escatológica del ser humano es más bien sólo el amor totalmente gratuito, completamente libre e inconmensurable de Dios.

La última razón para la salvación del hombre
no son sus obras, sino el amor infinito de Dios.

Este amor se reveló en el hecho de que Cristo murió por nosotros, no porque hubiéramos sido justos, sino “cuando éramos todavía pecadores” (Rm 5, 8). Pero si esto sucedió, “entonces la salvación definitiva, legitimada en la fe de los que tienen esperanza, no faltará. Entonces seremos salvos. Este es el contenido de los versículos 9 y 10 en Rm 5”¹⁴.

“Cuánto más, pues, ahora, justificados por su sangre, seremos por El salvos de la ira. Pues, si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora, una vez reconciliados, seremos salvos por su vida” (Rm 5, 9-10).

El ser humano, pues, no tiene nada que presentar a este amor de Dios que salva, a no ser su fe repleta de esperanzas.

Hasta lo que él cree poseer, en sentido escatológico, como sus bienes, es decir, las buenas obras, es puesto en duda con la muerte. El acto de salvación de Dios no puede ser ni forzado ni tomado a la fuerza. Y después de haber hecho estas consideraciones, nos encontramos más que nunca ante la necesidad de reconocer que, en la muerte y ante Dios, una sola cosa queda al ser humano: comprender

12. Blank, Josef, *Paulus*, p. 84.

13. *Ibid.*

14. Schlier, Heinrich, *Der Roemerbrief*, p. 154.

su propia nulidad, aceptar su propia pobreza y más todavía: experimentar, en sentido radicalmente existencial, qué significa ser pobre:

En la muerte, el hombre debe aceptar su nulidad total.

En este aceptar la propia impotencia, en el admitir la incapacidad de hacer cualquier cosa, es donde se encuentra quizás la dificultad propiamente dicha del encuentro con Dios. Se trata de un encuentro en que el ser humano también hace uso de toda su personalidad y también de todo orgullo y arrogancia que alimentó en esta personalidad. Aquel que se acostumbró a ser rico, a ser poderoso y orgulloso, encuentra grandes dificultades al ser obligado a admitir su impotencia. Y depara mayores dificultades todavía cuando permite que otra persona actúe por él, cuando acepta ser salvo por otro. Pero esta es precisamente la única cosa que nos queda en la muerte.

3.2. Rechazo de la hipótesis de una última decisión final del ser humano en la muerte

En oposición dialéctica a la visión expuesta en el capítulo anterior, la hipótesis de la decisión final desarrollada por Ladislaus Boros¹⁵, ve en la muerte la primera oportunidad en que el ser humano puede decidirse, libre y definitivamente, en favor de Dios o contra Dios, por medio de un acto consciente y totalmente personal. En esta decisión, él hace uso de todo su ser, de modo que, por intermedio de El y únicamente por medio de El, es como es fijado por el propio hombre el destino eterno del ser humano.

Contra esta opinión fue sobre todo Karl Rahner quien insistió con vehemencia en el hecho de que el ser humano ya ha tenido la posibilidad y la capacidad de autodeterminarse eternamente durante su vida¹⁶. Según Rahner, la posibilidad de decidirse definitivamente el

15. Ver Boros, Ladislaus, *Mysterium mortis*. Las ideas de este autor se hicieron conocidas en el Brasil a través del libro de Leonardo Boff, *Vida para além da morte*.

16. Cf. Karl Rahner, *Sentido teológico de la muerte*, donde el autor afirma, por ejemplo, en las páginas 29-30: "Pero lo que la fe nos dice respecto al término definitivo del estado de transeúnte por la muerte, significa... que la decisión moral fundamental tomada libremente por el hombre durante su vida corporal y terrena, se hace absolutamente definitiva en la muerte".

ser humano solamente en la muerte, desvaloriza demasiado la historia del hombre y su existencia concreta, y hace de esta última un simple “ejercicio preliminar”.

A pesar de la diversidad de sus puntos de vista, tanto Boros como Rahner insisten en la capacidad y en la posibilidad de decisión del ser humano, sea realizada en el momento de la muerte, sea durante la vida precedente.

Frente a las consideraciones hasta aquí expuestas, sobre la vivencia del ser humano en la muerte, nos sentimos tentados a preguntarnos si la interpretación de Boros no da quizás demasiada importancia a la posibilidad de decisión.

3.3. En la muerte, el hombre solamente puede entregarse a Dios, dejando que El lo salve

Al considerar lo que el ser humano experimenta en la muerte, salta a nuestra vista la absoluta entrega del hombre, su imposibilidad de hacer ya cosa alguna. Si, en la muerte, el ser humano perece, en la verdadera acepción de la palabra, entonces debemos preguntarnos cuán grande es todavía la capacidad de decisión. Las afirmaciones a este respecto siempre quedarán en el dominio de la especulación teológico-filosófica.

Surge entonces la pregunta si no es posible encontrar, a través de un camino más seguro, una respuesta a la pregunta de si el ser humano todavía es capaz, con ocasión de su primer encuentro con Dios, ¿de qué debería ser capaz todavía, para poder soportar este encuentro?

Se impone la idea de partir de la vivencia en la realidad indiscutible del así llamado panorama de la vida. En caso de que el ser humano en la muerte se reconozca a sí mismo con una claridad nunca antes experimentada (inclusive los resultados de las investigaciones sobre el morir parecen darnos indicios en este sentido), entonces debe estar necesariamente apto para, por lo menos, tomar posición respecto a sí mismo y reconocerse a sí mismo como lo que él hizo de sí mismo. En un capítulo anterior, nos referimos a esta toma de posición respecto a sí mismo, y afirmamos que ella es una necesidad inevitable para el conocimiento integral de sí mismo.

Pero en el relacionamiento de nosotros mismos frente a Dios y de la concientización del hecho de que ya no nos es posible en manera alguna alterar nuestros actos, nace la necesidad de entregarnos incondicionalmente a este Dios. Frente a mi propia insignificancia ante Dios, no puedo imponer ya ninguna condición. Y en realidad, yo ya no tengo el derecho de exigir decisiones ni libertad de tomarlas.

Lo que el hombre puede hacer todavía, es
única y exclusivamente: dejarse envolver por Dios.
Dejar que Dios lo salve.

Lo que yo puedo hacer es única y exclusivamente esto: dejarme envolver por Dios. Dejar que Dios me salve.

Esta es la única libertad de escogencia que queda todavía para el hombre: permitir que Dios lo salve, o no aceptar esto.

La situación que el ser humano tendría que definir en la muerte sería, por tanto, mucho menos que una decisión activa a favor o en contra de Dios y consistiría más bien en un acto de confianza, en una confianza ciega en que este Dios, que es amor, no me ha de traicionar abandonándome; en un acto de confianza ciega en que este Dios, que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, tampoco me olvidará en la nada de la muerte.

A este aceptar a Dios con tanta confianza es a lo que llamamos fe.

3.4. En su primer encuentro con Dios, el hombre debe realizar un acto de fe

Tener fe, en sentido bíblico, es decisión existencial y fundamental del individuo; una actitud de confianza, en la cual el hombre se entrega a Dios confiando en El y respondiendo a su llamado. Tener fe significa abrirse a Dios en una opción que abarca todas las dimensiones de mi vida.

Es exactamente esta la experiencia que el hombre hará también en su muerte.

El acto que ha de realizar en aquel momento podría ser interpretado como el último y definitivo acto de fe, pleno de confianza.

El ser humano deberá abrirse a Dios, aceptando de este Dios su propia salvación, orientando, o mejor, reorientando toda su existencia conforme a los parámetros de El.

Opción fundamental de fe.

Este último acto de fe, empero, será más fácil o más difícil de realizar, esto depende de hasta qué punto el ser humano haya vivido su vida anterior según esta fe.

En la misma proporción en que el ser humano se decidió a aventurarse con Dios durante su vida, también su última aventura de confianza en Dios en la muerte será más o menos fácil para él. Quien realmente cree, ya optó por confiar en Dios durante la vida; quien no cree o quien tenga una fe más débil, tiene que optar ahora en la muerte.

Enfatizar tanto la fe hace que el ser humano se acuerde, con urgencia inevitable, de la relación existente entre la vida y la muerte. Pues aunque, como afirma san Pablo, mi salvación provenga únicamente de mi fe, *la fe sin obras será vana*.

“La fe sin obras es vana”. Así está escrito en la Carta de Santiago (2, 20). Y enseguida se expone una vez más, con el ejemplo de Abrahán, la interdependencia entre fe y obras: “... la fe concurrió para sus obras y (...) por las obras es por lo que la fe se ha realizado plenamente” (St 2, 22).

Pero estas obras son realizadas en el período anterior a la muerte. Y así queda probado una vez más, que es imposible hablar de la muerte en sentido teológico, si no consideramos y contemplamos simultáneamente la vida.

A pesar de todas estas obras, permanece, sin embargo, el hecho que sucede al ser humano en la muerte y que continúa siendo acto de clemencia de Dios, que ama, y a quien el hombre sólo puede subyugarse con confianza y fe y con aquella esperanza del que ama; esperanza que, a su vez, encuentra su certeza en san Pablo y en su visión de aquello que viene a ser justicia de Dios: esta justicia se manifestó, como justicia “que obra por la fe en Jesucristo, en favor de todos los que creen, pues no hay diferencia, puesto que todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo” (Rm 3, 22-24).

